

Estética e implicaciones en la gestión erótica de mujeres mayores

Perla Vanessa de los Santos Amaya
Concepción Arroyo Rueda
Lizzett Arreola Heynez

Resumen

El presente estudio tuvo como objetivo general Explorar los significados sociales acerca de la estética en la vejez y sus implicaciones en la gestión sexo-erótica de mujeres mayores del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León. Como ruta metodológica se siguió un enfoque cualitativo realizando entrevistas a profundidad a 18 mujeres de entre 60 y 79 años, desde la que se integró una muestra no probabilística de corte intencional en personas mayores residentes de municipios del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León, como lo fueron Escobedo, Santa Catarina, San Nicolás de los Garza, Monterrey, San Pedro y Guadalupe. Dentro de los principales hallazgos se observa que existen proyectos de gestión sexual y erótica entre mujeres mayores que se relacionan con la idea de una vejez espiritual, recatada y discrecional, referentes que se vinculan con discursos etarios y genéricos propios de su contexto social. Además, se observa una resistencia a emprender proyectos corporales que involucren la tecnologización de sus cuerpos a pesar del descontento con él. Con lo que se concluye que para las mayores existen mayores cargas de sentido de una vejez que las excluye de los modelos hegemónicos estéticos, y que a su vez repercute en el olvido de su placer, erotismo y goce en esta etapa de vida.

Palabras clave: Vejez, Estética, Cuerpo, Erotismo, Gestión

Abstract

The objective of this study was to explore the social meanings of aesthetics in old age and its implications in the sex-erotic management of older women in the Monterrey Metropolitan Area, Nuevo León. As a methodological route, a qualitative approach was followed by conducting in-depth interviews with 18 women between 60 and 79 years of age, from which a non-probabilistic sample of intentional cutting was integrated in elderly people residing in municipalities of the Metropolitan Area

of Monterrey, Nuevo León, as they were Escobedo, Santa Catarina, San Nicolás de los Garza, Monterrey, San Pedro and Guadalupe. Among the main findings it is observed that there are projects of sexual and erotic management among older women that are related to the idea of a spiritual, demure, and discretionary old age, referents that are related to age and generic discourses of their social context. In addition, there is a resistance to undertaking body projects that involve the technologization of their bodies despite discontent with him. With what is concluded that for older people there are greater burdens of sense of old age that excludes them from aesthetic hegemonic models, and which in turn affects the forgetting of their pleasure, eroticism, and enjoyment in this stage of life.

Keywords: Old age, Aesthetics, Body, Eroticism, Management

Introducción

La estética ha sido una dimensión que siempre ha acompañado el desarrollo del ser humano, marcando pautas de inclusión y exclusión de los sujetos contextualmente ubicados (Arnaiz, 2011). Para Robinson (2005), los aspectos relacionados a la estética se construyen a partir de un conjunto de significados y sentidos culturales que exaltan lo bello en un tiempo determinado. Así, varios estudiosos concuerdan en señalar que cada época y cada sociedad ha priorizado unos modelos de belleza, los cuales han sido utilizados por las personas para interpretar, apreciar y producir sujetos estéticos en una realidad específica (Eiser, 2008; Danto, 2006; Kogan, 2003). Por lo tanto, la estética -como cualquier otra construcción social- ha sido empleada como mecanismo para imponer un orden social.

Al respecto Acuña (2001), puntualiza que todo acto relacionado con la belleza se origina en una realidad colectiva dada, y en una individualidad de aquel que crea, es decir, se da en un marco referencial socio-cultural y biográfico personal. De esta forma, estos modelos no sólo imprimen implicaciones en las representaciones simbólicas del universo objetivo, sino también traen efectos en la construcción de subjetividades individuales (Illouz, 2007). De acuerdo a Martínez (2004), dentro de la cuestión subjetiva se determinan los deseos, las creencias, los rituales, las valoraciones, las significaciones, la conducta y las preferencias de los sujetos con el fin de adaptarse a la estética imperante. Siguiendo a Kogan (2003), este autor plantea que existen un conjunto de normas estéticas a las cuales los sujetos se adscriben con el objetivo de no ser objeto de rechazo social.

Por su parte para Bauman (2005), los modelos ideales de belleza cambian debido a que la sociedad prioriza determinados valores sociales en detrimento de otros, los cuales se vuelven armónicos con la realidad social. En este sentido, para Illouz

(2007) en la época moderna es indiscutible partir del papel que ha tenido múltiples discursos sociales, como el publicitario, el científico, el urbano, el médico, el sociodemográfico, el mitológico y el ficcional para crear sujetos estéticos. Dentro de esta difusión se encuentran como ejes centrales el cuerpo, el cual adquiere un carácter simbólico -más allá de su referente biológico- en una etapa en que se ensalza una cultura hedonista, que no sólo se inscribe la imagen, sino que habilita o excluye a los sujetos de otros dominios de la vida como la sexual, la erótica, el placer y el deseo mismo.

Con la estilización de la vida cotidiana, el cuerpo se torna en proyecto. Desde esta tónica los sujetos subjetivados en una estética hegemónica han configurado un conjunto de mecanismos a nivel corporal para el habilitamiento no sólo en este tenor, sino también erótico y sexual, que les permita cotizarse dentro del mercado amoroso y estético. Tal es el caso de las personas mayores, quienes, ante la exclusión en este dominio, han echado mano de un conjunto de recursos de gestión sobre el cuerpo, por lo tanto, el objetivo de este trabajo es explorar los significados sociales acerca de la estética en la vejez y sus implicaciones en la gestión sexo-erótica de mujeres mayores del Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León. Para cumplir con el anterior, el trabajo incluye en un primer momento la relación dialéctica entre estética, vejez y cuerpo, señalando en esto las implicaciones para la gestión corpórea en personas mayores. En seguida se señalan algunas precisiones metodológicas que fueron los puntos de anclaje para recopilar las narraciones objeto de estudio. Posteriormente se señalan los principales hallazgos encontrados, los cuales se encuentran clasificados en categorías como, desde las que se enuncian algunas conclusiones al respecto.

Estética, vejez y gestión: una triada compleja

Los cuerpos han sido y son, desde los albores de la humanidad, tanto receptores de significados sociales como también productores y transmisores de ellos, los cuales han sido el vehículo de lo estético, materialidad de los discursos de lo bello, y campo de lucha para los sujetos en particular. Arnaíz (2011), expone que la estética ha acompañado al ser humano en cada tramo de la historia, fincando un código normativo estético. Esta dimensión puede ser entendida como una estructura simbólica conformada por la relación entre la experiencia individual y los referentes normativos que la regulan (Meler, 2009).

Danto (2006), indica que la estética posee también un elemento cognitivo que constituye una suerte de dispositivo o señal que indica al sujeto como actuar, a la vez que suscita pensamientos asociados a aquello que es percibido como bello -y por lo tanto abiertos al deseo y el placer-. Y es durante el proceso de socializa-

ción –que actúa como una especie de ‘autoimposición’- que se instruye al sujeto en el orden estético, en el cual se interiorizan significados sociales acerca del cuerpo, tanto en el espacio público, como privado (Bauman, 2005). Así, se ha visto una incorporación de manera progresiva de una cultura moderna en los medios de comunicación, la publicidad, las revistas y el cine que marcan un conjunto de pautas acerca del “deber ser” para hombres y mujeres en el ámbito de la belleza (Giddens, 1992; Illouz, 2007).

En este sentido, la industria en nuestras sociedades de consumo ha transformado a la apariencia en un “sobrevvalor” reafirmando y reforzando esta tendencia en el mercado de masas, dentro del cuerpo se vuelve un proyecto en sí mismo (Arnaíz, 2011; Martínez, 2004; Robinson, 2005). Así de acuerdo a Acuña (2001), los cuerpos estéticos son jóvenes, perfectos, contorneados, rostros tersos, las carnes firmes, sin arrugas, sonrientes, atractivos, dinámicos, sensuales e hipersexualizados, los cuales permiten acceder al gozo, a la felicidad, al amor y a la salud. En este sentido, es la colonización sobre el cuerpo la que niega el aspecto humano y finito del cuerpo, ya que lo que se pretende es que los cuerpos permanezcan siempre bellos y en condiciones óptimas para ser cotizados en el mercado de masas. Particularmente se ensalza la cuestión ética encaminada al control y cuidado del cuerpo, misma que ha derivado una serie de técnicas de mantenimiento del cuerpo como opciones de elección individual (Danto, 2006). El juicio social y, por consiguiente, los valores que este supone no solo condicionan el comportamiento individual, sino también imponen ideales sublimados sobre el cuerpo que gobiernan, y en esta lógica estructuran su crecimiento (peso, estatura, etc.), su conversación (prácticas higiénicas, alimentación, rutinas de ejercicio, etc.) su presentación (cuidados estéticos, vestimentas) y su expresión afectiva, elementos que sin duda modelan una determinada estética corporal (Acuña, 2001).

En palabras de Robinson (2005), el mercado ha enseñado a los sujetos que la belleza ofrece la posibilidad para atraer y hacer más deseable a los sujetos, por lo que, en los tiempos del espectáculo y del acento en las apariencias –acorde con el narcisismo imperante en ella-, la belleza se consume como todo lo demás, se vende y se compra como una invitación al logro del bienestar. Además, en nuestras sociedades, el embellecimiento sirve como dispositivo que homologa e incluye a los sujetos, otorgándole status y sentido de pertenencia a un colectivo social (Bauman, 2002). Esta vivencia se vincula a sensaciones y emociones subjetivas que la pertenencia suscita, así los modelos atractivos engendran deseos que incitan a los individuos a imitarlos, haciendo que los sujetos se apropien de las normas socioculturales ajenas y externas, adoptándolas en sus referentes individuales (Illouz, 2007).

Por lo tanto, el cuerpo biológico se ve reducido a su superficie más o menos productiva y eficiente en un mundo tecnificado y moderno, ya que es en éste que se materializan los modelos ideales de belleza hegemónicos (Arnaiz, 2011). Aquí se encuentra un doble simbolismo corporal: uno biológico y uno cultural, que lejos de oponerse se complementan y ofrecen la clave para entender la compleja realidad sobre el cuerpo considerado estético (Eisler, 2008). Para Martínez (2004), el consumo ha impuesto referentes en la corporeidad que entiende que una apariencia física “estéticamente bella” forma parte de los estímulos no verbales, mismos que influyen en las respuestas interpersonales en el contacto con los “otros”, y que, en ciertas condiciones, son los determinantes principales de tales respuestas.

Por su parte para Foucault (2009), estas condicionantes modernas constituyen “una política del cuerpo” en la cual es el mercado quien moldea los determinantes de inclusión y exclusión de los sujetos. Desde la visión del autor, el control no es una imposición externa al individuo -ya que no se expresa como una forma de control-represión-vigilancia, sino que, aparentemente, es el sujeto mismo quien toma la decisión de autodisciplinarse. De esta manera, el poder se presenta de forma sutil y consensuada para incorporar los elementos socioculturales en el cuerpo y aproximarse a los ideales impuestos.

Los cuerpos biológicos se “fetichan” en lo social, es decir se tornan como objetos de presentación de acuerdo a ciertos valores transaccionales de intercambio, los cuales se polarizan entre la belleza y la fealdad (ocasionando en el último caso sentimientos de vergüenza y culpabilidad por la no adscripción a los modelos ideales) (Iacub, 2007). En la lógica de este autor confluyen en el cuerpo una serie de discursos que actúan como dispositivos de poder en el sujeto que actúan como vehículos éticos que lo encaminan al control y cuidado del cuerpo, mismos que ha derivado una serie de técnicas de mantenimiento del cuerpo como opciones de elección individual.

Según lo expuesto, en las sociedades modernas, el gobierno del cuerpo se ha agudizado. Calasati y Slevin (2001, citados en Iacub, 2006), señalan que el énfasis de esta sociedad está en la autoexpresión hedonista que ha hecho del cuerpo un espacio paradigmático del sujeto, incluso la referencia más cercana de sí mismo y de la autoimagen, estilizando hasta todos los dominios de la vida cotidiana. Entonces el cuerpo biológico deja de ser el escenario fijo -inalterable- de una individualidad, para convertirse en un espacio menos íntimo y más sujeto a intercambios simbólicos, puesto que para los sujetos modernos las distintas formas de gestión del cuerpo constituyen formas legítimas de moldear la idea de sí mismos, hallándose constantemente incitados a emprender proyectos corporales como una forma de inversión de largo alcance en su vida privada y social.

Las distintas formas de gestionar un cuerpo estético y socialmente habilitado abarca las dietas, la modulación gimnástica, el deporte, el cuidado nutricional, el maquillaje, los procedimientos quirúrgicos, la biotecnología, la diversidad de procedimientos antiaging, la medicalización de la vida, el uso de mecanismos de mayor potencia sexual, los productos del mercado de salud y el cuidado personal que se comercializan en todos los espacios que cargan al cuerpo de una serie de significaciones asociadas al ideal de la eterna juventud, de tal suerte que parecer viejo se asocia con la patología, lo feo, lo temido, lo indeseable y la muerte, emprendiendo entonces una lucha contra el cuerpo que envejece, la cual toma la forma de una mayor necesidad de control, convirtiendo al cuerpo envejeciente en objeto de disciplina que le permiten al viejo recuperar una representación de sí más deseable (Rodríguez, 2016).

Lo anterior constituyen un régimen interdiscursivo y transtemporal de sentidos en torno a la cuestión del envejecimiento y la expectativa de intervenir en su proceso que circula en todos los campos, desde los cuales se alimenta el imaginario social de preservar la juventud, controlar el envejecimiento y alcanzar longevidad con vitalidad y salud. El montaje de sentidos de producción y reproducción social alimentan la expectativa de rejuvenecer, no envejecer y la estetización en una compleja trama de sentidos que conforman núcleos significantes para los sujetos desde los que se entablan juegos discursivos con el erotismo, el deseo, el gozo e incluso el amor en esta etapa de vida (Rodríguez, 2015).

Dentro de esta perspectiva cobra importancia la imagen corporal como elemento fundante del erotismo. Para Amuchastegui, Rivas y Bronfman (2005), el erotismo está asociado al desarrollo emocional de las estructuras mentales que conforman la imagen consciente e inconsciente del cuerpo, las cuales dan como resultado la elaboración de la imagen sexual de sí mismo. Por lo tanto, la cuestión erótica está en el centro de los proyectos corporales y las transformaciones que a él acontecen, puesto que se van fincando nuevos criterios de corporalidad y de la imagen de sí en el envejecimiento.

Al modificarse la imagen corporal de los viejos –retorno a la eterna juventud-, se ha incitado una apertura del erotismo en el espacio social flexibilizando los discursos que lo censuraban. Tal reconfiguración ha ido contribuyendo a crear espacios alternativos para pensar una vejez erotizada. Asimismo, Rubio y Aldana (2008) se pronuncian ante la condición que define al erotismo con la forma en que vivencia su propio cuerpo como fuente de sensaciones placenteras, dando oportunidad para conocer su potencial amoroso. De esta forma se entiende que se incorporan elementos al definir el erotismo, los cuales se basan en considerar el cuerpo como fuente de deseo y sensualidad. No obstante, esta aparente permisividad esta alen-

tada a crear sujetos estéticos que puedan incluirse en los modelos creados por el mercado de masas, lo que excluye a un número considerable de envejecientes. Consecuentemente, erotismo, cuerpo y belleza son una tríada que incide en el posicionamiento de los sujetos. Para Robinson (2005), los aspectos relacionados a la estética se construyen a partir de un conjunto de significados y sentidos culturales desde los que se feticha lo erótico. Cuerpo y tiempo se entrecruzan en el devenir del envejecimiento, y de las formas de ese entrecruzamiento nacen múltiples vejeces. En este sentido, es posible visualizar, a través de lo dicho por los entrevistados, la diversidad en cuanto a las posibilidades de elaboración de esquemas de reconocimiento y autopercepción del cuerpo en donde se conciben diferentes posicionamientos respecto al deseo, al placer, al erotismo y a la estética misma.

Trazando una ruta metodológica

Establecer un esquema metodológico es preparar las condiciones que posibiliten la recogida y análisis de los datos, considerando que debe ser lo suficientemente flexible para permitir la incorporación de numerosos aspectos del fenómeno de interés. De acuerdo a lo anterior, es imprescindible contar con una ruta que permita adentrarse a la complejidad del contexto desde una mirada que ayude a comprender el ambiente natural del fenómeno objeto de investigación. En este sentido, el estudio se sitúa en el enfoque cualitativo-interpretativo, ya que se pretende reconstruir la “realidad” tal como la observan los actores dentro un sistema social previamente definido, y en este caso, la atención se centra en reconstruir los significados de las acciones o los hechos por medio del acceso a los discursos en que las personas mayores se definen a sí mismas y el conjunto de relaciones sociales a los que están adscritos dentro de sus sistema social y cultural (Flick, 2007).

Por consiguiente, un acercamiento cualitativo-interpretativo proporciona la ventaja de acercarse a entender por medio de las narrativas del sujeto cómo percibe su mundo físico, cómo lo siente, cómo lo experimenta, y cómo ese conocimiento es aplicado en ciertos contextos moldeados por la cultura, el saber y el poder. El contexto de estudio fue el Área Metropolitana de la Ciudad de Monterrey, misma que está integrada por los siguientes municipios: Monterrey, San Pedro Garza García, Santa Catarina, Guadalupe, San Nicolás de los Garza, Apodaca, General Escobedo, Juárez, Salinas Victoria, Cadereyta Jiménez, García y Santiago. Cabe señalar que este documento forma parte del trabajo de investigación titulado “Construcción social del erotismo. Un estudio cualitativo de adultos mayores del Área Metropolitana de Monterrey, N.L.”, realizado entre el 2017-2018.

La población objeto de estudio fue las personas mayores de 60 años que residieran en algunos de los municipios del Área Metropolitana de la Ciudad de Monterrey. La

muestra para este estudio fue intencional. Al respecto Flyvjerg (2004) señala que las unidades de análisis dependen de las características de la población, mismas que son tomadas como referencia para especificar el número de casos incluidos. De tal forma que se entrevistaron a 18 mujeres que provenían de diferentes puntos de residencia. 9 de ellas tenían de 60 a 64 años, mientras que 9 de ellas se encontraban en el rango de 65 a 69 años. En su mayoría eran mujeres casadas o unidas (10). Además, se entrevistó a 3 divorciadas y 2 viudas.

El análisis de la información se hizo siguiendo la propuesta de Taylor y Bogdan (1987) la cual implica la realización de tres etapas diferenciadas, ya que como lo señala Deslauriers (1991), “el dato en sí no dice nada si no se somete a un análisis riguroso”. La primera es una fase de descubrimiento en progreso: que implica identificar temas y desarrollar conceptos y proposiciones. La segunda fase incluye la codificación de los datos y el refinamiento de la comprensión del tema de estudio. La tercera y última implica la comprensión de los datos en el contexto en que fueron recogidos. El manejo de los datos se hizo de forma artesanal cuidando los principios de privacidad, confidencialidad y respeto de las narrativas de los participantes. Como criterios de validez se utilizó la teórica, la descriptiva y la interpretativa (Morse, et al., 2002).

Principales hallazgos

En los discursos de las mujeres mayores se han encontrado diversas perspectivas, visiones y valoraciones que han sido usadas para referirse al cuerpo en general y que adquieren un significado particular cuando se ponen en relación con el campo de la vejez. De tal manera que en el discurso de las mujeres aparecen condensadas diversas analogías que reflejan un abanico interpretativo del significado que ellas le dan a su cuerpo en este momento de vida, las que sin duda son producto del modelo ideal de estética, postura que repercute en el posicionamiento que las mayores tienen frente a su erotismo.

Como primer elemento de análisis aparece el cuerpo de la mujer definido desde la patología. Para Ariel y Yuni (2011), un cuerpo envejecido es un cuerpo al que se le ha atribuido una categoría temporal, que no sólo remite a un tiempo cronológico, sino que también es observado por una mirada simbólica que registra e inscribe la presencia de este cuerpo en su apariencia física. Desde este entendimiento los relatos de las mujeres apuntaron al reconocimiento de su cuerpo desde una serie de patologías que las desdibuja del modelo ideal de belleza, ya que como lo señala Raquel, experiencias como el dolor, la pérdida de fuerza, el desgaste y la medicalización son asuntos “ya de viejos”, incluso llegando a pensar que el tiempo vivido es un “plus” de vida representado en “horas extras” que excluye a las muje-

res de tener una apreciación positiva de su imagen corporal, y que en el caso de Flor, reposiciona sobre la mesa la preocupaciones sobre su cuerpo, antes era la delgadez o la belleza, ahora es la salud como necesidad predominante.

Raquel: “Ahí te va: soy hipertensa y tengo problemas en las cervicales, tengo desgastes y me da un dolor muy fuerte que se me quita la fuerza en los brazos, y aunque tomo medicamentos, bueno ya de viejos todo te empieza a doler [...] y ahorita te das cuenta que el cuerpo se tiene que desgastar, como quien dice estás viviendo horas extras y reconoces que el cuerpo así es y es un ciclo que se tiene que cumplir [...] yo creo que eso de si eres guapa, o no o si eres atractiva, como que pasa a segundo término [...]” (Rosa, 69 años, casada).

Flor: “Nada más con que no tengas una enfermedad pesada y te puedas mover lo demás es lo de menos, lo del cuerpo pues ya no es tan importante [...]” (Flor, 65 años, casada).

En el mismo sentido, dentro de la vejez además de experimentarse el cuerpo signo de enfermedades, también emergió la imagen de muerte, significado que aparta a las mujeres del mercado amoroso. Al respecto Kogan (2011), señala que, durante la juventud, la propia muerte es una representación abstracta que no guarda relación ni incide en la cotidianidad del vivir. En cambio, en el envejeciente, a partir de la percepción y del encuentro con su imagen del “yo”, la representación de la muerte en el adulto mayor deja de ser abstracta y pasa a ocupar un lugar central que concierne a todas las actividades cotidianas. Esto último, se relaciona con la idea que se tenía acerca del cuerpo de los viejos como cadáver (muerto en vida), el cual generaba rechazo social por no estar dentro los parámetros estéticos que formaban parte de la imagen socialmente aceptaba sobre hombres y mujeres (Martínez, 2004).

Ana: “Obviamente la belleza se va acabando, las arrugas, las canas y, y pos ya, todo. Dice mi hermana “la tierra llama a todos”, se te empieza a colgar todo y todo va pa’ bajo, pa’ bajo, pa’ bajo [...] A las mujeres nos afecta más, a los hombres no tanto... porque uno siempre de joven te arreglabas y te sacabas más partido ¿verdad?, ahora pues ya solo esperamos la tierra [muerte][risa]” (Ana, 67 años, casada).

Aparece la biologización de la belleza en función de aspectos reproductivos como los embarazos, mismos que descalifican a la mujer como sujeto de deseo. Así, la devaluación cultural de los cuerpos de las mujeres mayores tiene consecuencias éticas y prácticas, que llevan a las mujeres a emitir juicios negativos dada la inte-

rriorización de un modelo estético hegemónico. Al respecto Mezan (1998), señala que el cuerpo de las mujeres ha sido en tres momentos cruciales: menarquía, maternidad y menopausia, siendo a través de estos tres procesos biológicos que se ha determinado un conjunto de valoraciones sociales, y que en el caso de la experiencia de la maternidad y la lactancia aminoran la posibilidad de belleza y seducción de las mujeres. En el caso de Celia señala que tuvo cuatro embarazos lo cual repercute en su posibilidad de ser bella. Esther en su relato alude su culpabilidad por el choque que le ocasiona su cuerpo actual “me fui para abajo porque ya no me vitaminé”, aludiendo una carga moral frente al no cuidado de su cuerpo.

Esther: “Tengo más de 60, pero me siento de 30 [...] Pues mira yo te puedo decir que yo tengo el autoestima un poquito alta desde joven porque tengo mis fotos y me veo bien, porque así me formó mi papá Dios, yo acepto como me formó mi papá dios [...] y de mi cuerpo todo me gusta, no soy miss universo pero siempre fui así, y yo estaba bien guapa tenía de acá, de acá, y de acá y ni parecía que tenía bebés pero ya nada más llegue a los 60 y me fui para abajo porque ya no me vitaminé [...]” (Esther, 68 años, casada).

Celia: “[...] pues claro, tuve cuatro embarazos ¿verdad?” [...] (Celia, 60 años, viuda).

Para Soler (2004) se encuentra introyectado la idea de un cuerpo delgado, sin flacidez y con resistencia de los tejidos. Estas imágenes les impiden la elaboración esquemas realistas de sus cuerpos actuales, además de que en sus discursos tienden a reproducir el discurso hegemónico de belleza femenina, reflejando pues la imposibilidad de volver a tener un cuerpo juvenil “aunque ahorita quieras”. En el caso de Ana, se arguye la carga moral de la imagen corporal del cuerpo, “hay que envejecer con dignidad”.

Ana: “Hay personas que son guapas, que son muy bonitas pero bueno yo también le digo a Cristian [esposo] que ya los 60 años ¿Qué persona es guapa o bonita?, todas están gordas, colgadas y me dice “no, pues sí”, y bueno uno de 60, ya no está como cuando tenías 20 o 30, entonces yo por eso le digo, yo pienso que sí son bonitas y todo pero pues uno fue bonita pero de joven [...] Es que el físico cambia pero es que hay veces que es diferente y hay que aceptar con dignidad que el cuerpo cambia” (Ana, 67 años, casada).

De acuerdo a la idea socialmente impuesta de feminidad algunas partes del cuerpo son las que reflejan la idea de mujer estéticamente elegible. Esta fragmentación

del cuerpo es vivida por las mujeres como condicionamientos sociales y morales que las hacen tener una preocupación excesiva por cuidar su atractivo físico. Es así, que las mujeres desde diferentes frentes señalaron no estar conformes con sus cuerpos, partes que de acuerdo al colectivo social son signos de sensualidad, erotismo y atractivo físico, tales como las “chichis”, las “pompas”, los “bustos”, las “caderas”, la “panza”, percepciones que evidencian un trabajo de elaboración subjetivo en concordancia con las valoraciones sociales estéticas, por lo que, la aparición de signos corporativizados de la vejez las aleja de la expectativa social y las confronta con su identidad de género.

Al respecto autores sobre el tema concuerdan en señalar que las elaboraciones sociales actúan sobre las mujeres para impedirles estén conformes con su cuerpo (Ariel y Yuni, 2011; Becerril, 2011; Mezan, 1998). Mientras que Bourdieu (1998), sostiene que los cuerpos reflejan el orden de las cosas. Es así, que el orden social actúa como una maquinaria simbólica para ensalzar las partes sexuadas del cuerpo, incluso llegando a hipersensualizar e hipersexualizar los cuerpos de las mujeres. Entonces el “ser mujer” está identificado con las grandes proporciones del cuerpo para poder considerarse seductoras, sensuales y socialmente elegibles ante los ojos de los varones. Coria (2007) señala que el culto a las dimensiones es un juego del sistema patriarcal para mantener un ideal omnipotente, que favorece las idealizaciones y focaliza la búsqueda del disfrute en una mecánica basada en los tamaños.

Rosa: “Cambiaría mi panza y mis ‘chichis’, aunque no tengo estrías, pero pues estoy ‘lonjuda’, y ya no está uno de 40 ni de 50, ya los años pesan en el cuerpo [...] a veces me veo en el espejo y siento que ni soy yo [risa]” (Rosa, 69 años, casada).

Raquel: “Hace muchos años este estábamos platicando una amiga y yo de los cuerpos de nosotras, y yo le dije a ella: “ay mira, pero Dios te hizo bien, porque tienes busto, tienes caderas, pompas, y mírame a mí, yo estoy más plana que una libreta [...]” (Raquel, 68 años, casada).

A pesar de las políticas estéticas difundidas en el contexto actual, se puede evidenciar en los testimonios de las mujeres que la mayoría ha optado por un modelo de belleza basado en el ascetismo, la naturalidad, la sobriedad y la discreción, puesto que en los discursos se observa una serie de resistencias a la estética actual, lo cual habla de una gestión del cuerpo solo sobre ciertos aspectos del cuerpo. Aunque señalaron el descontento con ciertas partes de su cuerpo, las mujeres muestran reticencia al ideal de mercantilizar y tecnologizar su cuerpo, es decir de utilizar los beneficios de la ciencia y la tecnología destinadas a “evitar” el

³ Esta sigla se utilizará para identificar la asociación civil donde se realizó la investigación, ello para respetar el anonimato y la confidencialidad de la información proporcionada

envejecimiento biológico del cuerpo.

Este hecho habla de una generación de mujeres que, a pesar de estar insertas en un contexto que sobrevalora el cuerpo femenino, éstas muestran selectividad de los discursos que circula en el espacio social. En este entendido, para las mujeres ha tenido más peso el estereotipo de la vejez virtuosa explicada desde diferentes frentes. En primer lugar, para Sofía, señala la idea moral de “envejecer con dignidad”, ya que ella considera que eso atenta contra el orden biológico del ser humano, que en este caso incompatibiliza el uso de tecnologías de belleza, hecho que se relaciona con lo que menciona Kogan (2011), quien puntualiza que en el mundo social coexisten discursos en la que se condena a quien se califica de viejo, pero también existen discursos de rechazo hacia los viejos “trans-etarios”.

En el mismo sentido el fragmento emerge de la idea de la moralidad y la espiritualidad, recurso recurrente que les permite a las mujeres interpretar su realidad. Posteriormente Ariel y Yuni (2011) y Ventura (2000), puntualiza que el conocimiento de un ser superior espiritual, le permite sobrellevar los cambios acaecidos en su cuerpo. Del mismo modo, aparece una estructuración discursiva que constituye dos campos bien diferenciados del envejecimiento: el proceso natural del envejecimiento relacionado con arrugas, manchas y deterioro biológico, y el proceso de tecnologización del cuerpo envejecido, definido por los avances de la ciencia y la tecnología, discurso que reveló connotaciones negativas para las entrevistadas.

Sofía: “[...] hay que saber envejecer con dignidad, por ejemplo, eso de las cirugías plásticas, no puedes ir en contra de la edad, no puedes ir en contra de la naturaleza, vamos a vivir el tiempo que nos toca disfrutar [...]” (Sofía, 65 años, divorciada).

Mónica: “Si no me sintiera a gusto yo, esté, hubiera hecho gimnasia, ejercicio o me hubiera operado, pero Dios me dio todo, con los ojos que yo tenía no necesitaba más [...] yo estoy plena ¡Bendito sea Dios! que no tuve que mover ningún recurso para una operación, ponerme senos [...]” (Mónica, 63 años, casada).

Esther: “A mí no me preocupa mis canas, como que la lleva una tranquila conociendo a Dios, porque cuando no conoces a Dios dices “esta arruga no la quiero”, por qué bueno hay personas también [que] con cualquier cosita se quieren hacer cirugías o dietas o cosas así pero bueno yo sé que tengo que cuidarme sólo lo que es normal [...] yo creo que si hay mujeres que no están tan colgadas y que se operan pues está bien, y bueno también depende de cuánto dinero traigan [risa] aunque bueno también están las

ridículas que se arreglan de más [...]” (Esther, 68 años, casada).

Particularmente en este punto de la entrevista las mujeres evidenciaron que la gestión de sus cuerpos responde a una decisión personal sobre su apariencia física, por lo que, las decisiones sobre su imagen corporal están enraizadas en función de los otros que son significativos, en este caso su círculo social próximo. En este caso, la entrevistada alude al disgusto y molestia cuando se le cuestiona por su cabello, siguiendo su relato llama la atención es el uso de diversas metáforas para interpretar los cambios en su cabello: “trozos de plata” “hilos transparentes”. Consecuentemente se observa la pugna que existe entre el modelo de belleza exteriorizado “cuando me dicen: píntatelos, te ves dejada, te ves fea”, y su subjetividad estética proveniente de su yo interiorizado que le ayuda a configurar su identidad de persona mayor.

Sofía: “Me molesta cuando me dicen de mis cabellos, y yo disfruto mis cabellos, cuando me dicen: “píntatelos, te ves dejada, te ves fea”, cuando yo ya sé que mis cabellos son como trozos de plata, y que tengo ganas de que brillen como seda, como hilos transparentes, y brillan, y es natural porque no me pongo nada. Luego viene una ‘estúpida’ que trae el pelo todo quemado, todo parado y me dice: “mira cómo andas descuidada”, y pienso “arreglate tú ‘wey’”, aunque no lo digo porque soy muy respetuosa [...]” (Sofía, 65 años, divorciada).

Al respecto, Freixas (2013) señala que el color de pelo es una señal de identidad y también un indicador de posición social. Es así que con la aparición de canas las mujeres predominantemente se alejan del modelo de seducción heterosexual. Las canas gozan pues de mala fama en nuestra cultura, son vistas como elemento de tristeza, envejecimiento precoz y decrepitud. Se les identifica como señal de fealdad y dejadez, que para el caso comentado con anterioridad la entrevistada vive una contradicción interna, identificando dentro de sí la contradicción social y el peso del imaginario de la eterna juventud. Es así que la mujer mayor destaca la belleza y la elegancia que presta su cabeza, percibiéndola como elemento seductor, hecho que se considera una trasgresión, una forma de deconstrucción crítica de la idealización de la belleza socialmente impuesta.

Para la entrevistada Alma, existe una lucha entre los mandatos de belleza socialmente difundidos entre sus círculos cercanos, no obstante, Sofía no muestra interés ni preocupación por someterse a tratamientos quirúrgicos para acondicionar su cuerpo al modelo estético. Empero reconoce que el anterior esposo tenía interés en que ella se operara los senos, lo cual muestra que el cuerpo de las mujeres es sometido a la evaluación por parte de los varones, quienes, como parte del colec-

tivo social, imponen formas de modelación del cuerpo femenino, valiéndose de la cirugía estética. Posteriormente la entrevistada reconoció que nunca se sometió a este procedimiento, ya que consultó a su ginecólogo (discurso de poder legítimo para ella) quien le señaló los inconvenientes de realizar dicha intervención.

Alma: “Pues yo me aceptó, porque luego me decían: “¿por qué no te óperas la nariz?”, pues a mí no me preocupa, yo me aceptó tal y como soy, porque muchas de mis amigas se hicieron la operación de la nariz, de la barbilla, de los ojos, y a mí no eso a mí no me interesa ni los senos ni nada. Mi esposo, el primero, quería que me operara los senos porque bueno a él le gustaban las mujeres así voluptuosas [...]” (Alma, 64 años, divorciada).

Lo anterior refleja que la mujer es confinada a ser un cuerpo objetivo, un cuerpo que se circunscribe a su propia representación y en el que los otros encuentran placer. No importa su experiencia de la corporalidad, ni tampoco es ella quien resulta sujeto de deseo. Son los otros y fundamentalmente los hombres quienes hacen del género femenino un objeto de contemplación y deleite, o llegado el caso, un signo de su posición social. Siguiendo a Bembibre e Higuera (2010), señalan que las mujeres, en la sociedad contemporánea, aparecen como propiedad del hombre y sus cuerpos operan como signos del estatus social masculino, por lo que, resulta conveniente para ellos moldear el cuerpo de las mujeres.

Eva, señala que la gestión de su cuerpo y su imagen pierden sentido cuando no tiene pareja “que me presione”, reconociendo en esta expresión que existe una exigencia masculina para adaptarse a la estética culturalmente difundida en el contexto, de tal manera que no teniendo la figura simbólica de otro que exige el modelamiento del cuerpo cambia de referentes, que igual como lo comentaron otras entrevistadas ya no es la belleza, la atracción física, la sensualidad, sino la salud, dimensión en la que ahora se centran las decisiones sobre el cuerpo, en especial la dieta, el ejercicio, cambios en la alimentación, por mencionar algunos.

Eva: “Pues sí, tomando en cuenta mi edad y eso, sí, podría estar mejor, pero a veces digo “Ay, que flojera, meterte a una dietota”, pero no, ahorita estoy haciendo consciencia de que ya no es por el cuerpo, es por necesidad de la salud, voy a bajar de peso. Pero no me preocupa, sobre todo cuando no tengo ninguna persona que me presione, una pareja, hay muchos señores que te presionan de que quieren que estés muy guapa, muy esbelta y todo, entonces no tengo eso y si lo tuviera, pues no sería mi pareja, porque, pos sí, tiene que aceptarte, digo ellos también están igual o peor de colgados [risa]” (Eva, 67 años, separada).

La percepción subjetiva de envejecer y la percepción del propio cuerpo envejecido son relativizadas en función del mandato social de mantener un buen cuerpo: joven, bello y sano, teniendo esta última dimensión un aspecto esencial en la vida de las mujeres mayores. Por lo que, la estructura corporal es sometida a una cuestión moral de autocuidado y habilitación de la apariencia para poder pertenecer al ideal de envejecimiento activo. Para tal fin, en menor medida las mujeres mayores aceptaron utilizar métodos para controlar su peso, diversas prácticas del cuidado de la alimentación, y rutinas de ejercicio.

Victoria: “Lo cuidamos... eh, de alimentación, del deporte, eh... en el sexo porque también es una forma de cuidarte [...] también usamos el gimnasio para quemar calorías, lo que sí que tratamos mucho de cuidarnos en el comer, cuidar el peso, comer poca carne, este, quisimos hacernos vegetarianos, pero ¡no! [risa], sí comemos carne, pero no mucha” (Victoria, 60 años, unida).

Siguiendo las aportaciones de Le Breton (2002), los sujetos tienen la necesidad de convertir su cuerpo en un proyecto personal para adaptarse a la estética dominante, así que, apoyándose en diversas técnicas para disimular las huellas de la edad como la moda, estilos de vida, cosméticos, ayudan a los agentes sociales a habilitar su cuerpo para la presentación de éste ante el espacio social. No obstante, una gran mayoría de las participantes en el estudio señalaron no hacer uso de cosméticos, pinturas, cremas u otras formas de proyecto corporal para disimular el paso del tiempo.

Esther: “Pues físicamente yo creo que sí, es curioso las personas mayores ya cierta edad te das cuenta que te empiezas a arreglar un poquito más, yo nunca he sido de mucha pintura, ni de joven nada más tu baño, tus aretes, pero hay gente que sí, hay gente con sombra, aunque sea con todas las arruguitas, con los tacones, andan con todo [...]” (Esther, 68 años, casada).

Para las mujeres, la vestimenta juega un papel importante en su identidad de personas mayores, concretamente existe una lucha interna entre las mujeres por “vestirse de acuerdo a su edad”, práctica cargada de simbología y que denota el estereotipo de una vejez recatada. De tal forma que la manera de vestir supone un espacio de presentación externa, influye en la imagen corporal, es una manera de mostrar identidad a los demás y de forjar relaciones en el mundo social, por lo que, las decisiones en torno a la vestimenta son también prácticas de belleza y una forma del manejo del cuerpo de acuerdo a una categoría social.

Socorro: “Y bueno yo si no traigo todo combinado desde la ropa interior,

el 'chonino', no me siento a gusto, no puedo andar, yo siento mucho la apariencia, no te digo, no me siento yo hermosa [...] me arreglo para mi autoestima, yo el día que no tengo ganas ni de peinarme ando mal [...] me gusta echarle el IVA, el agregado" (Socorro, 66 años, casada).

Sofía: "Tienes que vestirse de acuerdo a tu edad, si tienes 60 años vístete a esa edad no te vistas como si tuvieras 20 o 40 porque ahí sí, y ya lo dijo Carolina Herrera: "no hay envejecimiento peor que el que te quieras vestir como una jovencita cuando tiene 60 años" [...] he tratado de cuidar también mi vestido, vestirme de acuerdo a la edad que tengo y no andar buscando otras cosas [...]" (Sofía, 65 años, divorciada).

Ana: "Pues sí me gusta todo lo único que no me gusta es la panza [risa] me voy a poner a dieta como mi nuera y comer puras lechugas [...] ahora lo inconforme de mi es que tengo feas piernas, entonces como en el negocio hay hombres pues empecé a usar pantalones, pero digo ya no estoy en edad de usar pantalones y me pongo vestido, pero tampoco me gusta [...]" (Ana, 67 años, casada).

Finalmente, los testimonios de las entrevistadas mostraron reticencia al uso de medicamentos u hormonas para habilitar su cuerpo, dadas las pérdidas a nivel funcional. En el caso de Sofía da una justificación que vincula la menstruación con el deseo, por lo tanto, en la vejez al no existir este acontecimiento orgánico de forma inherente tampoco existe el deseo (Freixas, 2013). Además, se observa su resistencia a la medicalización en esta etapa de vida, para ella el hacerlo sería como mantener de forma artificial un deseo que, por naturaleza, debe extinguirse. A partir de este argumento, la medicalización es una forma de agresión contra su cuerpo.

Sofía: "No creo que haya, ahorita que yo ya estoy de 'este lado', le digo a las mujeres jóvenes: "cuando te baja tienes dos tiempos en los que se te mueve la matriz como un órgano 'autónomo', uno es cuando te va a bajar y el otro cuando estas ovulando, qué tienes contracciones, entonces, ahí es donde se despierta el libido, porque sientes y te mojas. En el caso de las mujeres mayores que toman estrógenos si tienen problemas, porque el estrógeno te está manejando las hormonas y el medicamento te obliga a tener deseo [...] Yo pienso que todo está en la mente más que en el medicamento ¡Yo me respeto wey!" (Sofía, 65 años, divorciada).

A manera de conclusiones

Como se vio dentro del desarrollo de este documento la cuestión estética constituye un dispositivo que indica al sujeto como actuar, además de pensamientos asociados sobre aquello que es percibido como bello, y por lo tanto abiertos al ejercicio de su erotismo, deseo y placer. Como hallazgo se puede señalar que los signos de envejecimiento interfieren en la manera en que las personas mayores sean consideradas o no como sujetos abiertos al goce, no obstante, existió una dicotomía muy marcada para mujeres. Así, los cambios registrados en el cuerpo, tanto a nivel estético (construcciones sobre modelos estéticos), como funcional (construcciones sobre la maternidad, la reproducción, las enfermedades) determinan diversas valoraciones para los participantes en el estudio.

Los signos del paso del tiempo, son vivenciados por las mujeres como símbolos de vergüenza y culpa, llegando incluso a ocultar su cuerpo para no ser objeto de evaluación estética por sus compañeros sexuales o parejas. De tal suerte que las mujeres experimentan la vivencia del cuerpo desde la fragmentación, es decir, de aquellas partes que son consideradas el atractivo sexual femenino y que, por diversas cuestiones, las llevan a tener descontento con ellas, como los senos, los glúteos, la cintura y las caderas. No obstante, dentro de las narrativas de las mujeres mayores se observa una resistencia a la tecnologización de sus cuerpos para habilitarlas social y personalmente en campos del erotismo, el placer y el deseo.

Este hecho habla de una generación de mujeres que a pesar de estar insertas en un contexto que sobrevalora el cuerpo femenino, éstas muestran selectividad de los discursos que circula en el espacio social, y que tienen que ver con ideas de la vejez como proceso natural e irreversible, por lo que cualquier intervención sobre sus cuerpos es considerada inmoral. No obstante, la gestión de sus cuerpos se experimenta por acciones menos invasivas como el ejercicio, la dieta, la vestimenta, la higiene y el cuidado de la salud, sobre todo en el caso de tener pareja, hecho que es el hiato para las mujeres en la habilitación de sus cuerpos.

Referencias

- Acuña A. (2001). El cuerpo en la interpretación de las culturas, *Boletín Antropológico*, 1 (51), 31-52.
- Amuchástegui A. y M. Rivas. (2008). Construcción subjetiva de ciudadanía sexual en México: género, heteronormatividad y ética. En: I. Szasz y G. Salas (coord.). *Sexualidad, derechos humanos y ciudadanía* (44-89). Diálogos.
- Ariel C. y Yuni J. (2011). *Esos cuerpos que envejecen. Representaciones y discursos culturales de la vejez*, Argentina: Brujas
- Arnaiz A. (2011). *El ser humano sexual. El sujeto existente en relación con los otros*. Madrid: Biblioteca Nueva, S. L.
- Becerril R. (2011). *Cuerpo, cultura y envejecimiento. Análisis de la imagen corporal*. *Ágora*, 13(2), 139-164.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido*. Madrid: Fondo de la Cultura Económica de España.
- Bembibre J. e Higuera L. (2015). El cuerpo del fetiche. *Revista de humanidades y ciencias sociales*, 7 (1), 57-66.
- Coria, C. (2010). *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder*. Buenos Aires: Paidós.
- Coria, C. (2007). *Las negociaciones nuestras de cada día*. Buenos Aires: Paidós.
- Danto, A. (2005). *El abuso de la belleza*. Barcelona: Paidós.
- Deslauries J., P. (1991). *Recherche qualitative*. Montreal: McGraw-Hill.
- Eisler, R. (2008). *Historia de la Belleza*. Santiago de Chile: Cuatro vientos.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. España: Ediciones Morata y Fundación PAIDEIA GALIZA.
- Flyvbjerg, B. (2004). Cinco malentendidos acerca de la investigación mediante los estudios de caso. En: *Revista Española de Investigación en Ciencias Sociológicas*, 106, 33-62. <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?Icve=9971667002>
- Foucault, M. (2009). *Historia de la Sexualidad*. Argentina: Siglo XXI. Volumen I.

Fouilloux C. (2008). Salud y enfermedad sexual geriátricas. En: I. Arango de Montis. (comp.). Sexualidad Humana. México: Editorial el Manual Moderno S.A. de C.V.

Freixas A. (2013). Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI (3ª edición). España: Espasa libros.

Giddens A. (1992). La transformación de la intimidad. Salud, amor y erotismo en las sociedades modernas. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.

Iacub R. (2006). Erótica y vejez: perspectivas de occidente. Buenos Aires: Paidós.
Iacub R (2007). El cuerpo externalizado o la violencia hacia la vejez. Revista Kairos, 10 (1), 97-108.

Illouz E. (2007). El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo. Madrid: Editorial Katz.

Kogan L. (2003). La construcción social de los cuerpos o los cuerpos del capitalismo tardío. Persona, 1 (6). Pp. 11-21. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=147118110001>

Le Breton D. (2002). La sociología del cuerpo. Buenos Aires: Nueva visión.

Martínez A. (2004). La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas. España: Universidad de A. Coruña.

Meler, I. (2009). Amor y convivencia entre los géneros a fines del siglo XX. En: M. Burin e I. Meler. Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad (125-143). Buenos Aires: Paidós.

Mezan, R. (1998). Cuerpo, tiempo y envejecimiento. Brasil: Casa do Psicólogo.

Morse, J., Barrett, M., Mayan, M., Olson K., y Spiers J. (2002). Verification strategies for establishing reliability and validity in qualitative research. International Journal of Qualitative Methods, 24 (3), 45-69.

Rodríguez, P. (2015). Visualidades antiaging. La producción imaginal del control del envejecimiento y la conservación de la juventud. Culturales, 3 (2), 229-262.

Soler V. (2004). Cuerpo, dinamismo y vejez. Colecciones de salud, 1 (3), 28-45.

Taylor, S. J. y R. Bogdan. (1996). Introducción a los métodos cualitativos de inves-

tigación. Barcelona: Paidós.

Ventura, L. (2000). La tiranía de la belleza. Las mujeres ante los modelos estéticos. Barcelona: Plaza y Janes.

Winter, G. (2000). A comparative discussion of the notion de validity in qualitative and qualitative research. Del sitio web <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR4-3/winter.html>